



## BONITO DUO DE LAS PERDICES

DE LA ZARZUELA TITULADA

# LA CAZA DEL OSO

## EL TENDERO DE COMESTIBLES

*Uno.*—Sale uno de su casa  
toma el ferrocarril,  
y al otro día pasa  
lo que vá Ud. á oír.

Al salir el sol  
canta la perdiz,  
y al oírla el macho  
la contesta así:  
cu-chi-chí, cu-chi-chí.

*Otro.*—Una cosa igual  
me sucede á mí,  
con la sobrinita  
del patron que tengo yo aquí.

*Uno.*—Corre, que corre, que corre,

que corre,  
vuela, que vuela, que vuela,  
que vuela,  
y orgulloso al ver su amada  
por delante se pasea.

*Otro.*—Ella me mira, me mira,  
me mira,  
y yo me río, me río, me río,  
pero no la digo nada  
cuando está delante el tío.

*Uno.*—Pum, pica aquí,  
pum, pica allá.  
pum, corre aquí,  
pum, corre allá.

*Otro.*—Pum, yo tambien,  
 pum, lo hago asi,  
 si el tio no está allí.

*Uno.*—Entónces la hembra  
 deja de cantar.

*Otro.*—Y á la otra hembra  
 la sucede igual.

*Uno.*—Se hacen dos mimitos  
 juntan los piquitos.

*Otro.*—Qué pareciditos  
 yo y el animal.

*Uno.*—Hay qué diversion  
 ver que la perdiz,  
 engañando al macho  
 canta siempre así:  
 cuchi-chi, chi-chi.

*Otro.*—Aunque es Luisa igual  
 no me engaña á mi,  
 porque soy un macho  
 harto de volar por Madrid.

*Uno.*—Sin miedo extraño  
 al tolo el macho llega,  
 y cerca del engaño  
 alegre canta y juega.

*Otro.*—Yo tambien canto  
 y soy muy jugueton,  
 mas siempre escurro el bulto  
 con gran precaucion.

*Uno y otro.*—Hay qué placer  
 tan grande  
 es para el cazador,  
 el macho ver á tiro  
 y herirle á traicion;  
 pero lo que es de un tiro  
 no muero á traicion.

Los amores de un memo  
 os voy á referir,  
 y es seguro, señores,  
 que os vais á reir.

Al imbécil Juan  
 Rosa le gustó  
 cuando se lo dijo  
 no le contestó  
 ni que sí, ni que nó.

Pero ella al pensar  
 que es bueno tener  
 un marido tonto,  
 le dijo al punto: sí, te querré.

Busca, que busca, que busca,  
 que busca,  
 anda, que anda, que anda,  
 que anda,

loco de tanta alegría  
 el muchacho se encontraba.  
 Hala, que hala, que hala,  
 que hala,

Mira, que mira, que mira,  
 que mira,  
 al poco tiempo ya estaban  
 andando á la Vicaría.

¡Ay, qué feliz!  
 ¡ay qué placer!

decir así:  
 ven, mi mujer.

Y ella tambien  
 decia así:

«mejor es para mí.

Porque de este modo  
 marido tendré,  
 que cubra mis faltas  
 que son más de cien»

Y el pobre inocente,  
 que sólo amor siente:  
 «¡Qué mujer tan singular  
 me voy á llevar!»

«¡Ay, con qué placer  
 la voy á adorar!  
 y la vida entera  
 bien se pasará,  
 ¡ajajá! ¡ajajá!

Y cuando llegó  
 la noche feliz,  
 no sabia el pobre  
 lo suyo pedir.

Ella impaciente  
 al hombre acariciaba,  
 pero él no se atrevía  
 ni apenas se acercaba.

El pobre marido  
 al fin se dicitó,  
 y ¡qué grande es.... el chasco  
 que el memo se llevó.

Pero, embaucado el hombre  
 con su hermosa mujer  
 vivió siempre dichoso  
 sin pena y con placer,  
 y ¡oh suerte! siempre tuvo  
 ayudas más de cien.

Con razon se lamenta  
 una que otra mujer,  
 si ven que á su marido  
 le gusta beber.

Es el mayor mal  
 un borracho ser,

y olvidar que el hombre  
no debe perder  
su razon ni su ser.

Si á perder llegó  
toda su razon,  
es como las bestias  
que van á tirar de un simon.

Bebe sin tino, ni gusto,  
ni acierto.

Copas de tinto, de blanco,  
de rayos,  
y el jernal de la semana  
se marcha sin sospecharlo.

Pierde su juicio, y olvida  
que tiene  
hijos, esposa, deberes  
y cargos,  
y todos de hambre se mueren  
en un rincon olvidados.

¡Eh! copa aquí,  
¡eh! trago allá,  
venga de ahí,  
venga de acá,  
hasta que al fin  
ó sin direccion  
vá á dar un coscorrón.

Los chicos se burlan  
de su situacion,  
y pasa la noche  
allá en la prevencion.

Cuando amanece  
á él le parece  
que un sueño ha sido no más  
y es realidad.

Si al fin el licor  
fuera natural,  
no sucedería  
tanta atrocidad,  
es verdad, es verdad.

Pero si ello es  
la mezcla infernal,  
vuelve al hombre loco  
por necesidad.

Y sobre todo  
esa costumbre mala  
de ir de unas en otras  
recorriendo las tascas.

Por eso mismo  
es el daño mayor,  
mezclar vino y campeche  
si no es cosa peor.

No puedo ver con calma  
jamás un borrachón,

que el vino es una cosa  
que me dá desazon;  
jamás bebo una copa  
lo bebo en porrón.

En todo el mundo he visto  
más hermosa mujer,  
que la novia de un chico  
que he visto anteayer.

Es la chica tal  
forma de tonel.  
baja y regordeta  
y con unos piés...  
¡ay qué piés! ¡ay qué piés!

Un ojo salton  
se quiere salir,  
y es el otro hundido  
uno grande y otro chiquitin.

Cara redonda, color de  
morcilla,  
llena de pelos, viruelas  
y pecas,

y parecen las de un burro  
sus grandisimas orejas.

Boca que tiene dos varas  
y media,  
morros de cerdo, abultados  
y negros,

y tiene fuera los dientes  
que son como los de perro.

¡Ay! qué nariz  
más infernal,  
siempre creí  
no es natural.

Me figuré  
y con razon  
que aquello era un peon.

Un bulto en la espalda  
tan fenomenal,  
parece que lleva  
dentro una catedral;  
y en cambio delante  
que es más importante,  
un carpintero guason  
la cepilló.

La huele además  
de modo feroz,  
el aliento que echa  
de su boca atroz,  
sí, señor, sí señor.

Tampoco sus piés  
debo aquí olvidar,  
nótase á la guaa

sú olor infernal.

Un hombre tiene  
mucho más alto que otro,  
tiene un brazo delgado  
y otro brazo muy gordo.

Y en la cabeza  
es más particular,  
tiene cuatro pelitos  
y alguna enfermedad.

Pero á pesar de todo  
alguno me dirá,  
si es buena y es honrada  
aún puede pasar;  
pero segun me han dicho  
no ha sido jamás.

El que tiene dinero  
hecho sin trabajar,  
olvida al que no tiene  
y trabaja más.

Cuando el menestral  
pide con razon,  
mejorar su suerte  
dice el ricachon:  
¡qué melon! ¡qué melon!

Y cree el señor  
que al pedirlo así,  
piden gollerías  
ó que solo piden por pedir.

Unos sin lujo, ni coche  
no pasan,  
porque son cosas para ellos  
precisas,  
y creen que el jornalero  
puede andar hasta en camisa.

Unos comiendo exquisitos  
bocados  
finos, sabrosos, de gusto  
agradables,  
y que otros coman patatas,

y si se quejan, pegarles.

¡Qué sin razon!  
¡qué atrocidad!  
¡qué situacion!  
no hay equidad.

Seguir así  
no puede ser,  
esto hay que componer.

Cuando un jornalero  
comete un deslíz,  
la ley se le aplica  
sin nada transigir;  
pero es diferente,  
cuando el delincuente  
llega á ser un señoron  
de posicion.

Si alguna infeliz  
entregó su honor  
por cariño al novio  
dice así el señor:  
¡qué horror! ¡qué horror!

Poro no es igual  
cuando una mujer,  
tiene oro y se entrega  
bien á dos ó tres.

De la injusticia  
estan los pobres hartos,  
para ellos los deberes  
para el rico los cuartos.

Justo es que un día  
cambie la situacion,  
y en algo mejoremos  
la humilde condicion.

Hermanos somos todos,  
y así debiera ser,  
que cada uno cumpla  
muy bien con su deber,  
pues los cuerpos de todos  
la tierra ha de comer.

